

Algunas aclaraciones en torno al concepto de emoción

(Some clarifications about the concept of emotion)

Alejandro Tomasini Bassols

Instituto de Investigaciones Filosóficas-Universidad Nacional Autónoma de México

EL PROBLEMA

Sin duda alguna, el tema de las emociones ocupa un lugar prominente en lo que es un área de convergencia de estudios empíricos y de filosofía de la mente. Ahora bien, por culpa de inveterados malos hábitos filosóficos, la temática ha quedado un tanto oscurecida y, en verdad, desfigurada. Además de las dificultades intrínsecas del tema, al abordarlo nos vemos de inmediato enfrentados a multitud de obstáculos, más aparentes que reales y desde luego superfluos, los cuales hacen que, a primera vista al menos, dicho tema se nos aparezca como desmesuradamente complejo. Es fácil, por ejemplo, caer en la tentación de pensar que el tema de las emociones exige, para ser tratado, que quien a él se enfrenta sean él o ella mismos una persona “sumamente sensible”, una persona particularmente “emocional”. Esto, evidentemente, es mera superchería. Otro de los problemas es que muy fácilmente podemos imaginar que dar cuenta de las emociones es lo mismo que describir casos de “situaciones emocionales”. Huelga decir, sin embargo, que para efectos filosóficos la psicopatología de la vida cotidiana es perfectamente redundante. Tampoco creo, por razones que ofrezco más abajo, que la introspección pueda ser de alguna ayuda en el esclarecimiento de la naturaleza de las emociones. Así, en contraposición con otros enfoques, lo que en este trabajo me propongo es rastrear y exhibir la gramática de nuestro concepto de emoción, para lo cual (entre otras cosas) consideraré muy brevemente y a guisa de ejemplificación alguna emoción particular. Muy rápidamente, consideraré en forma crítica diversos supuestos de propuestas alternativas. Me interesa muy especialmente mostrar que es un error grave pensar que concepto de emoción como el cognitivista, si es que en realidad hay tal cosa, es en algún sentido superior al concepto que emana de lo que podríamos llamar los ‘fundamentos de la psicología’, o que podría llegar a sustituirlo. Todo esto requiere, claro está, de no pocas aclaraciones y explicaciones.

ESTRATEGIAS Y OBJETIVOS

El ensayo está dividido en tres grandes secciones: una expositiva, una crítica y una aclaratoria. Mi estrategia general en el tratamiento del tema será la propia de la filosofía analítica. En otras palabras, empezaré por considerar la aplicación de la palabra ‘emoción’ en el lenguaje natural. Lo que en principio habremos de obtener con ello será el concepto normal o básico de emoción. Intentaré mostrar que es cierta ultrasimplificación implícita de las reglas gramaticales de las palabras de emoción lo que transforma una cuestión en principio aproblemática en un misterio insondable. Naturalmente, desde mi punto de vista la temática no tiene en sí misma nada de misterioso. Lo más que podría decirse es que las reglas de uso de ‘emoción’ y de nombres de emociones son más complejas que las de muchas otras palabras. Posteriormente, trataré de hacer ver que el concepto de emoción (así como los de emociones particulares) es susceptible de desarrollo o expansión en diversas direcciones, esto es, en función de las técnicas con las que se le asocie. Una de ellas, por ejemplo, es la de la computación, que es precisamente la propia de las neurociencias. Lo que no está en lo más mínimo claro y que requiere elucidación filosófica es qué se logra con dicha expansión. El que ello no sea transparente se debe precisamente al hecho de que, como intentaré hacer ver, los vínculos conceptuales (*i. e.*, de uso) establecidos en el nivel fundamental son simplemente ineliminables, esto es, no son cancelables a placer. Lo que quiero decir es tan sólo que, de una u otra manera, están siempre presentes, independientemente del grado de tecnificación conceptual y de desarrollo científico al que se haya podido llegar. Una de mis ambiciones precisamente es explicar la naturaleza de las emociones (*i. e.*, la gramática del lenguaje de las emociones) de modo que cualquier hablante normal (científicos incluidos) quede satisfecho con la explicación. Esto, como es bien sabido, no es lo que acontece con las explicaciones filosóficas usuales.

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

Quizá un modo apropiado de iniciar nuestras pesquisas sea simplemente preguntar ‘¿para qué nos sirve el lenguaje de las emociones?’. Una forma alternativa de abordar el tema podría consistir en preguntar ‘¿qué perderían los hablantes si no dispusieran de dicho lenguaje?’. A reserva de ir refinando nuestra respuesta, lo primero que se nos ocurre es que dicho “sector del lenguaje” (por así llamarlo) tiene que estar conectado con la vida humana. Más aún: el modo como se funde con la vida humana tiene que ser peculiar y es precisamente en atrapar mediante descripciones dicha peculiaridad que consiste la dificultad de su aprehensión. Como en todos los demás casos, lo difícil para los usuarios del lenguaje es la enunciación de las reglas de uso de los términos relevantes,

no la aplicación de las palabras. En lo que sigue haré mías dos ideas cuya verdad daré por supuesta:

- a) El lenguaje de las emociones no es redundante. Dicho en el modo material de hablar, la clase de las emociones no es reducible a otras clases de entidades mentales (deseos, por ejemplo). O sea, es un sinsentido y una insensatez afirmar cosas como “una emoción es un sentimiento especial”.
- b) El lenguaje de las emociones, como cualquier otro, es aprendible (o enseñable, según el énfasis que se prefiera). Esto revela que, de uno u otro modo, habrán de entrar en juego para su esclarecimiento en forma esencial consideraciones de orden conductual.

Con base en lo que hemos dicho, podemos empezar a construir un cierto cuadro de las emociones. Así, podemos afirmar que ‘emoción’ sirve básicamente para aludir o recoger una cierta faceta de la “vida mental” del hombre. Ahora bien, como siempre pasa con “lo mental”, éste queda atrapado *vía* lo físico. Nadie tiene acceso a nada no físico en los otros, a pesar de lo cual estamos perfectamente capacitados para adscribir emociones a otras personas. Por lo tanto, esto sólo lo podemos lograr a través de la observación y es evidente que lo único que podemos observar son los cuerpos de las personas. Ahora bien, es obvio que no sabríamos qué emoción adscribirle a alguien si nos limitamos a observar, *e.g.*, los dedos de sus pies. De ahí que la cuestión de qué es lo que realmente observamos sea un tanto más sutil de lo que podría suponerse en una primera instancia. Por lo pronto, lo primero que podemos inferir es que no es todo el cuerpo humano lo que es relevante para la adscripción de emociones (y por ende para su comprensión). De inmediato se plantea la pregunta: ¿hay acaso alguna parte especial del cuerpo humano que esté **esencialmente** vinculada a las emociones? La respuesta es: sí: el rostro. En otras palabras, el factor físico o corpóreo fundamental en conexión con el cual queda conformado el elemento mental de la emoción es la cara, la faz, el rostro humano. Así, pues, en este caso, lo físico es básicamente lo fisonómico. Dicho en terminología wittgensteiniana: hay juegos de lenguaje desarrollados en conexión con la cara. Esto, creo, es acertado y aclaratorio, pero insuficiente. Veamos porqué.

Si bien el rostro humano constituye una unidad en sí misma, es evidente que parte de su importancia para nosotros surge del hecho de que opera como una especie de espejo. Es en nuestro rostro que se reflejan, se expresan o toman cuerpo de manera natural (*i.e.*, espontánea y peculiar) multitud de reacciones que manifestamos frente a situaciones conceptualmente bien delineadas. Dicha conceptualización es compleja, es decir, incluye toda una variedad de factores: temporales, espaciales, de intereses

personales, de relaciones afectivas, etc. Esto da una idea de la complejidad y de la importancia de las emociones en la vida humana. No creo, por consiguiente, que se pueda desdeñar la importancia del carácter espontáneo, no premeditado o calculado, de nuestras reacciones faciales.

Normalmente no controlamos dichas reacciones más de lo que controlamos nuestro pulso o nuestra respiración. Por ejemplo, la expresión de pavor de alguien que de pronto se topa con un tigre de Siberia en un parque no podría ser fingida. En relación con esto, es crucial la observación de que todos reaccionamos más o menos de manera similar, si bien (como intentaré hacer ver más abajo) también es cierto que las emociones están por así decirlo canalizadas por patrones culturales, por esquemas de conducta que pueden variar de cultura en cultura o de civilización en civilización. O sea, la expresión espontánea de alegría o de tristeza, de lujuria o de cobardía de un chino puede ser notoriamente diferente de la de un londinense. Vale la pena señalar, asimismo, que los gestos y las muecas que hacemos y en los que, por así decirlo, se plasman las emociones, a menudo vienen acompañadas, también de modo natural, por gesticulaciones y diversos movimientos corpóreos, especialmente manuales y vocales. De ahí que, como bien lo detectó Wittgenstein, los tonos de hablar y las gesticulaciones sean también relevantes para la caracterización de las emociones. Por razones evidentes de suyo, desde el punto de la significatividad de las palabras una emoción tiene que ser algo que se manifieste, algo perceptible por otros. Esto, naturalmente, no anula el hecho de que también se puede aprender a reprimir las emociones, a no darles expresión o a aparentar que se les tiene cuando no es el caso. Eso es lo que pasa, *e.g.*, con los actores. Es evidente, sin embargo, que la represión de emociones presupone su expresibilidad y esto a su vez hace ver que las emociones presuponen una situación en el fondo bastante compleja. Así, podemos afirmar que una emoción está siempre contextualizada, es decir, requiere para su identificación del conocimiento de su contexto. Como puede fácilmente colegirse a partir de lo que hemos dicho, el énfasis en la aclaración de la naturaleza de las emociones recae en lo externo a la persona. Podemos, pues, empezar a sentir serias sospechas respecto a toda teoría de las emociones que pretenda hallar su esencia en algo “interno”, en un “estado” del sujeto. Con base en lo hasta aquí afirmado, podemos ahora pasar a reconstruir la posición de Wittgenstein.

ACLARACIONES WITTGENSTEINIANAS

Verbos y palabras psicológicos

Las consideraciones de Wittgenstein respecto a las emociones se enmarcan en su tratamiento general de los verbos y los conceptos psicológicos. O sea, su examen no se

limita al rastreo de la aplicación de palabras aisladas, sino que incluye el estudio de la clase de aseveraciones que por medio de ellas se hacen, es decir, de los movimientos legítimos en los correspondientes juegos de lenguaje. En relación con esto recordemos tan sólo que el rasgo fundamental del lenguaje psicológico es su asimetría entre la primera y la tercera personas. Recordemos rápidamente su “Plan para el tratamiento de los conceptos psicológicos”. De acuerdo con él, los verbos psicológicos están “caracterizados por el hecho de que la tercera persona del presente está verificada a través de la observación, la primera persona no.

Proposiciones de la tercera persona en presente: información. En primera persona: expresión. (No del todo correcto).

La primera persona en presente cercana a una expresión.” (Wittgenstein 1967, sec. 472) Esto, naturalmente, se aplica a las emociones, puesto que los nombres de emociones no se emplean aisladamente sino que se usan en oraciones, para hacer aseveraciones o, como ya se dijo, movimientos legítimos en los juegos de lenguaje. En otras palabras, no se dice ‘Inmensa alegría!’, sino ‘siento una inmensa alegría!’, no se dice ‘pavor’ sino ‘tiene pavor’, y así sucesivamente.

Con esto en mente, podemos pasar a examinar el peculiar uso de los nombres de emociones. Por razones de sobra conocidas y en las que no entraré, debe quedar claro que el modelo ‘nombre-denotación’ está aquí descartado. Dicho de otro modo, es simplemente grotesco pensar que una emoción es una “cosa”, que un nombre de emoción denota un algo con una identidad propia. En su característico estilo, Wittgenstein presenta en relación con una emoción particular, *viz.*, la alegría, una idea que sin temor a equivocarnos podemos generalizar a todas las emociones. Dice Wittgenstein: “‘Siento una gran alegría’ —¿En dónde? —Esto suena a un sinsentido. Y no obstante se dice ‘Siento una agitación de alegría en mi pecho’ —Pero ¿por qué no está la alegría localizada? ¿Es por que está distribuida en todo el cuerpo? Inclusive si el sentimiento que suscita alegría está localizado, la alegría no lo está: cuando por ejemplo nos alegramos por el olor de una flor. —La alegría se manifiesta en la expresión facial, en la conducta. (Pero no decimos que estamos alegres en la cara)” (Wittgenstein 1967, sec. 486). Wittgenstein sigue adelante tratando de acallar lo que serían las interpretaciones más fáciles y comunes del lenguaje de las emociones. “‘Pero yo tengo un verdadero sentimiento de alegría!’ Sí, cuando estás contento realmente estás contento. Y desde luego que la alegría no es conducta alegre, ni un sentimiento en las comisuras de la boca y en los ojos.

‘Pero de seguro que “alegría” designa una cosa interna’. No, ‘Alegría’ no designa nada. Ni algo interno ni algo externo” (Wittgenstein 1967, sec. 487). En otras palabras, la función de los nombres de emociones no queda recogida en los simplistas esquemas tradicionales de nombre y objeto. Su modo de funcionar es mucho más complejo que

eso. De ahí que, aunque legítima, pocas cosas sean tan equívocas como la pregunta ‘¿qué es una emoción?’

La estructura de la emoción

El examen del lenguaje de las emociones deja perfectamente en claro que, a diferencia de, *e.g.*, las creencias o las intenciones, las emociones son experiencias auténticas. ¿Cuáles son sus rasgos característicos? Responder a esta pregunta es importante porque es así como diferenciamos a las emociones de otros “elementos mentales”. Son por lo menos tres las clases de elementos “mentales” con las que hay que contrastar a la clase de las emociones, a saber, la de las actitudes proposicionales, la de los sentimientos y la de las sensaciones. Considerémoslas en ese orden.

Para empezar, señalemos que las emociones tienen genuina duración. Decimos, por ejemplo, ‘estuvo muy emocionado durante todo el concierto’. Con esto de inmediato separamos a las emociones de las actitudes proposicionales. En efecto, se puede medir la duración de una emoción, mas no la de una intención o la de una creencia. Pocas cosas serían tan absurdas como, digamos, la aseveración de que ‘creo esto desde las 8.30 de la noche del martes pasado’. Por otra parte, dado su carácter contextual, es típico de las emociones que su duración no sea muy prolongada. En esto se diferencian de los sentimientos. Un sentimiento puede durar lustros, una emoción difícilmente. Por último, como ya vimos, las emociones no están localizadas y esto basta para distinguirlas de las sensaciones, que siempre tienen una ubicación corporal. Ahora bien, del hecho de que podamos distinguir entre pensamientos, emociones, sentimientos y sensaciones no se sigue que de hecho no estén todos ellos entrelazados. Lo que no resulta nada fácil es determinar cómo. En verdad, describir sus conexiones es darnos la estructura misma de las emociones.

Partamos de un ejemplo concreto. Supongamos que una persona está emocionada ante la inminente aparición de un querido amigo a quien va a volver a ver después de mucho tiempo y después de muchas vicisitudes. ¿Cómo se manifiestan las emociones y cómo se integran con el resto de la vida física y mental del sujeto en cuestión? El siguiente cuadro es uno plausible: por una parte, el corazón de la persona late con fuerza y más rápidamente de lo usual, las manos le sudan, tiene algunos tics; por la otra, el sujeto se auto-representa una cierta situación, es decir, tiene recuerdos, imágenes, pensamientos, creencias y deseos involucrados, su imaginación está puesta funcionar, etc. Ahora bien: ¿cómo aparece la emoción aquí? En concordancia con los principios expresados más arriba, la emoción (la alegría, digamos) no es ni un sentimiento especial, ni un pensamiento, ni una sonrisa, ni una imagen mental. O sea, no es un algo, sin que por ello no sea nada. Lo que aquí nos confunde es la pregunta misma ‘¿qué es una

emoción?’, puesto que nos hace buscar la respuesta en la dirección de una cosa, de algo que tenga, por así decirlo, bordes nítidos. Esto es un grave error de comprensión del modo como funciona el lenguaje. Quizá para la mejor formulación sintetizada de lo que hemos dicho lo más útil sea recurrir a una famosa expresión de Frege, que él emplea en otro contexto y con otros objetivos en mente, pero que yo aquí quisiera hacer mía. Me refiero a la expresión ‘modo de presentación’. Desde nuestra perspectiva, una emoción no es sino un “modo de presentación”. Bien, pero ¿de qué? De una reacción espontánea de adhesión o rechazo de una situación que previamente quedó suficientemente bien caracterizada. La emoción es la expresión de toda una actitud de aceptación o rechazo de un hecho, una situación, un evento, etc., actitud que comporta sentimientos, pensamientos y demás. Desde luego que esa misma configuración factual puede suscitar reacciones diferentes y, por lo tanto, dar lugar a emociones diferentes. No hay, pues, una relación causal legaliforme entre situaciones y emociones. Todo esto requiere ser cuidadosamente matizado.

Lo primero que es menester aclarar es el papel del pensamiento (en un sentido amplio) en relación con la emoción. Las emociones tienen, ya lo dijimos, expresiones faciales naturales espontáneas, pero también (como era de esperarse) expresiones verbales. Al hablar expresamos pensamientos, los cuales son los mismos independientemente de sus respectivos modos de presentación pero es claro que, como ya vimos, éstos pueden variar. Una emoción es precisamente un modo de presentación de un pensamiento en el sentido en que es lo que le da un colorido peculiar, específico. “Las emociones están expresadas en pensamientos. Se habla con enojo, tímidamente, tristemente, alegremente, etc., pero no lumbagamente. Un pensamiento suscita emociones en nosotros (miedo, tristeza, etc.), no dolor corporal.” (Wittgenstein 1967, sec. 494). O sea, en la medida en que las personas se auto-representan lingüísticamente (en forma sonora o silenciosa) situaciones particulares, las cuales les resultan agradables o desagradables, los pensamientos pueden tanto generar como disolver o cancelar emociones. Por ejemplo, cuando alguien le dice a otra persona “Cálmate, las cosas no pasaron como crees. Lo que sucedió fue lo siguiente” y acto seguido le hace un relato con ciertos objetivos en mente, lo que hace es desmotivar o cancelar una emoción tratando de generar otra por medio de otro pensamiento o secuencia de pensamientos. Así, pues, contrariamente a las fantasías de toda clase de cognitivistas, podemos afirmar sobre la base del análisis de la experiencia cotidiana que los seres humanos no son meras máquinas de manipulación de pensamientos. Sus pensamientos siempre o las más de las veces vienen “coloreados”. Inclusive algo tan impersonal y frío como un teorema suscita en el matemático que lo prueba emociones de diversa índole. Esa es precisamente la función de las emociones y en eso radica su importancia. En verdad, no podría hablarse de vida humana sin emociones.

Objetos y causas de emociones

Un segundo punto que merece ser enfatizado es que el reconocimiento de una emoción no presupone ni requiere el conocimiento de la causa de la emoción. Nosotros detectamos el estado emocional de una persona e inquirimos acerca de ella, pero es menester señalar que muy probablemente aquí nos equivoquemos de manera sistemática. Al investigar acerca de la emoción, solemos pensar que lo que de ella nos interesa es su causa, cuando en el fondo lo que realmente nos importa es su contenido. Es obvio, supongo, que el conocimiento de un hecho crudo en sí mismo (*i.e.*, que opera como causa) no permite inferir nada ni sobre la existencia ni sobre el contenido de ninguna emoción. La emoción no se explica por sus causas y es por ello que la adscripción de emociones no es el resultado de razonamientos, de cálculos, de inferencias de ninguna clase. “Las emociones *se ven*” —¿En contraposición a qué? — No vemos contorsiones faciales y luego inferimos (como el doctor que elabora un diagnóstico) de ellas la alegría, la pena, el aburrimiento. Describimos de inmediato una cara como triste, radiante, aburrida, inclusive cuando no se es capaz de ofrecer ninguna otra descripción de los rasgos. —Podría decirse que la tristeza está personificada en la cara.

Esto pertenece al concepto de emoción.” (Wittgenstein 1967, sec. 225). Esto no es una idea que pueda o deba pasarse por alto: lo que Wittgenstein está afirmando es que la emoción es reconocida **de inmediato**. No requerimos de inferencias o postulaciones para transitar de percepciones a emociones.

Lo anterior está conectado con una interesante distinción trazada por Wittgenstein. Este distingue entre la causa de una emoción y el objeto de una emoción. Esta distinción se deriva del hecho de que al preguntar, por ejemplo “¿por qué estás tan emocionado?”, podemos estar inquiriendo acerca de lo que provocó la emoción o preguntando por el contenido mismo de la emoción. En general, las causas no son de nuestra incumbencia. La causa de la emoción es un evento externo a la emoción misma, un suceso que desencadena un proceso que culmina en un estado emocional particular; lo que en cambio si nos interesa es el objeto de la emoción, el cual es interno a ella. Retomemos nuestro ejemplo de la persona emocionada por el reencuentro con su amigo. El objeto de la emoción es el objeto complejo “reencuentro con la persona querida” pero obviamente dicho reencuentro no puede ser también la causa puesto que en este caso tendríamos una causa precedida por su efecto, lo cual es absurdo. La causa tiene que ser anterior a la emoción. Siguiendo con el ejemplo, la causa podría ser la noticia de su llegada. Es este evento lo que suscita o da lugar la emoción, pero ciertamente no es su contenido. Al mismo tiempo, supongamos, que la misma causa podría haber generado otra emoción y a su vez esa otra emoción podría haber dado lugar a la misma emoción.

Lo importante en lo importante que Wittgenstein traza es la distinción entre emociones

dirigidas hacia un objeto particular y emociones no dirigidas hacia nada en concreto. Buenos ejemplos de ello son el miedo y la angustia. "El juego de lenguaje 'Tengo miedo' ya contiene al objeto.

Se *podría* llamar a la ansiedad miedo indirecto, en la medida en que sus manifestaciones se asemejan o son las mismas que las del miedo.

El *contenido* de una emoción —aquí lo que tenemos es algo como una *imagen* o algo de lo cual uno se puede formar una imagen. (Lo tenebroso de la depresión que envuelve a un hombre, las llamas de la ira)" (Wittgenstein 1967, sec. 489). Esto es interesante e importante: lo que Wittgenstein está sosteniendo es (parcialmente al menos) que parte de las funciones de las emociones es permitir la representación pictórica, plástica, colorida, de aquello (un objeto, un evento) que nos auto-representamos.

Como es comprensible, los juegos de lenguaje de las emociones pueden ser usados de modo diferente, esto es, con objetivos distintos de los originarios. Dicho de otro modo, así como los usuarios no emplean el lenguaje para decir siempre, sistemática y exclusivamente verdades sino que también mienten, así también las emociones se pueden fingir. El caso de los actores es relativamente claro, pero igualmente clara es su explicación: tenemos la expresión normal de emociones sin sus contextos reales. Alguien que en una película va a ser asesinado realmente no siente miedo (a menos de que piense que realmente el arma está cargada), sino que se comporta como si tuviera miedo, es decir, finge la emoción. Se plantea de inmediato el problema de determinar cómo estar seguros de que si alguien parece estar triste efectivamente lo está. La respuesta wittgensteiniana a esta especie de reto escéptico, en la que no ahondaré en este escrito pero que debo decir que me parece contundente y definitiva, viene dada en términos de criterios: en general hay elementos contextuales objetivos que permiten decidir si alguien realmente está emocionado o sólo está fingiendo, si bien puede desde luego haber casos en los que resulte imposible pronunciarse con certeza.

Emociones y sentimientos

Wittgenstein redondea su examen con unas cuantas observaciones que, si no se aclaran, podrían dar lugar a confusiones. Me refiero en especial a la distinción entre emociones y actitudes emocionales o disposiciones emocionales. Él da como ejemplo tanto de una actitud emocional como de disposición emocional el amor. Así, afirma por igual que las "Actitudes emocionales (e.g., el amor) pueden ser puestas a prueba, las emociones no" (Wittgenstein 1980, vol. II, sec. 152) y que "Se podría llamar al amor y al odio disposiciones emocionales; también al miedo en un sentido determinado" (Wittgenstein 1967, sec. 491 (b)). Es, pues, relativamente claro que en realidad Wittgenstein emplea 'las expresiones actitud emocional' y 'disposición emocional' simplemente como dos

expresiones sustituibles o intercambiables que le sirven para trazar un mismo contraste, un contraste importante, a saber, el contraste con las genuinas emociones. Lo que él parece deseoso de establecer es que una disposición emocional no es todavía una emoción. De acuerdo con esto y siguiendo con nuestro ejemplo, el amor no sería una emoción. Sobre esto, que es debatible, regreso más abajo, pero antes habremos de hacer un ejercicio mínimo de interpretación de textos.

La clave para entender cabalmente la posición de Wittgenstein es una sentencia que, según mi leal saber y entender, ha sido sistemáticamente mal traducida. La afirmación que me interesa destacar es la siguiente: "Liebe ist kein Gefühl. Liebe wird erprobt, Schmerzen nicht" (Wittgenstein 1967, sec. 504). Ahora bien, dicha aseveración ha sido traducido tanto por E. Anscombe al inglés como por U. Moulines al español como sigue: "El amor no es un sentimiento (*énfasis mía*). El amor es puesto a prueba, el dolor no." A primera vista, dicha traducción es correcta. El problema con ella es simplemente que convierte lo que Wittgenstein dice en un galimatías incomprensible. Para empezar, es de notarse que el contraste que Wittgenstein parece querer marcar es entre cosas como el amor y cosas como el dolor. Ahora bien, lo que en relación con el dolor ciertamente podemos afirmar es que es una sensación. O sea, lo que en mi opinión Wittgenstein realmente quiere descartar es sencillamente la idea de que el amor es una sensación y para ello, equívocamente quizá, emplea la palabra 'Gefühl', que en general efectivamente se traduce como 'sentimiento'. Pero es innegable que cualquier hablante normal se inconformaría con la aseveración de que el amor no es un sentimiento y que no da lugar a emociones. Sería por lo tanto ridículo adscribirle a Wittgenstein semejante tesis. Lo que Wittgenstein sostiene es más bien que lo que el amor no es es ser una sensación. Ahora bien, si estamos de acuerdo en que efectivamente el amor no es una sensación entonces ¿qué es? Wittgenstein ya nos dio la respuesta: una actitud o una disposición emocional y esto es más o menos lo mismo que un sentimiento. En otras palabras, lo que Wittgenstein estaría afirmando sería precisamente lo contrario de lo que sus traductores le hacen decir. Es porque hay sentimientos o actitudes emocionales como el amor que puede haber emociones amorosas. Como se sabe, 'Gefühl' puede significar tanto 'sentimiento' como 'sensación' y lo que habría sucedido es que los traductores, sin tomar en cuenta lo que después de un formidable esfuerzo Wittgenstein habría establecido, habrían optado en este caso por la lectura fácil pero errónea del término. Hay que admitirlo: incomprensiones como estas generan en nosotros emociones muy especiales!

Podemos, pues, concluir con Wittgenstein que más que una emoción el amor es una disposición emocional, es decir, un sentimiento, una fuente de emociones. Los sentimientos ciertamente pueden ser puestos a prueba. Aquí, sin embargo, nos topamos con el resbaladizo problema de distinguir entre un sentimiento y una emoción. Por lo

pronto, podemos señalar que de una emoción se pueden coordinar temporales, de una disposición difícilmente. Un sentimiento puede extenderse indefinidamente, puede intensificarse o diluirse intermitentemente, en tanto que las emociones se manifiestan en determinados momentos, en contextos específicos, tienen causas identificables y apariciones concretas. Son, como vimos, modos de presentación de reacciones intelectualizadas frente a situaciones claramente conceptuadas y éstas últimas son únicas. Los sentimientos pueden generar o dar lugar a emociones, pero no se identifican con ellas. Tal es claramente el caso del amor. Podemos no obstante hablar de emociones amorosas, si de lo único que queremos hablar es de las emociones generadas por el amor. No hay, pues, conflicto alguno entre el lenguaje natural y los resultados a los que conduce el análisis gramatical wittgensteiniano.

Emociones y lenguaje

La comprensión de las emociones exige que se comprenda cabalmente la relación que se da entre ellas y sus expresiones pre-lingüísticas. Éstas son naturales, espontáneas, es decir, no fingidas. Esto no es un punto trivial, puesto que es en estas reacciones animales que se funda el lenguaje de las emociones. Las reacciones naturales están, desde luego, asociadas con determinadas sensaciones, pero sería un error garrafal pensar que dichas sensaciones **son** las emociones. Esto no es muy difícil de mostrar. Supongamos que el estado fisiológico de alegría de una persona ante un inminente encuentro con un ser querido es de palpitations aceleradas, movimientos nerviosos de las manos, gestos raros de la cara, tics, etc. Es perfectamente concebible una situación en la que la persona, un gladiador, por ejemplo, presenta exactamente los mismos síntomas, sólo que lo que tiene es, digamos, miedo. Por lo menos hasta donde yo sé, nadie nos ha dado el análisis fenomenológico concreto de la calidad particular de cada sentimiento asociado con cada sensación de manera que, a la manera de un teclado, pudiéramos saber por cada tecla de qué sensación se trata. Una concepción así no pasa de ser un mero mito filosófico, esto es, el resultado de una drástica tergiversación del *modus operandi* de nuestro lenguaje de emociones. Así, lo que distingue a las emociones no son extrañas cualidades intrínsecas a ellas, sino sus respectivos contextos. Por otra parte, tampoco deben las emociones ser identificadas con sus reacciones usuales. Lo que las emociones tienen, por lo tanto, son lo que podríamos llamar ‘acompañantes’ y ‘manifestaciones’ contingentes. Ello, claro está, no impide que sobre la base de conexiones contingentes se erijan conexiones semánticas, vínculos de significación que para los hablantes se vuelven imposibles de romper. O sea, una vez que el concepto de alegría quedó contingentemente formado en conexión con, e.g., ojos brillantes, mirada radiante, sonrisa, etc., esta conexión se vuelve ya inamovible. No implica esto, evidentemente, que siempre que

hablemos de alegría tendrán que estar presentes todos y cada uno de sus “acompañantes” contingentes. Wittgenstein da el siguiente ejemplo sumamente útil: “Desde luego que quien está afligido no puede reír o regocijarse convincentemente, y si pudiera hacerlo lo que llamamos la expresión de pena no sería realmente la expresión de pena y ese júbilo no sería la expresión de otra emoción. —Si tanto la muerte de un amigo como la recuperación de un amigo por igual nos alegraran o — según nuestra conducta — nos entristecieran, entonces esas formas de conducta no serían lo que llamamos la expresión de alegría o de tristeza. ¿Es acaso claro *a priori* que quien finge alegría también siente alegría? ¿No podría el mero intento de reír cuando se está triste provocar una enorme intensificación de la tristeza?” (Wittgenstein 1980, vol. II, sec. 321). O sea, no podemos, una vez que aprendimos a usar correctamente el lenguaje de las emociones, alterar a placer las conexiones en las que se funda. Quien intente hacerlo lo único que logrará será construir absurdos y sinsentidos. Eso es, mucho me temo, lo que pasa con las propuestas cognitivistas concernientes a las emociones, como ahora rápidamente intentaré hacer ver.

La concepción cognitivista de las emociones

Independientemente de cómo se les caracterice, las emociones son, por decirlo de algún modo, un elemento crucial de la vida humana y, más en particular, elementos peculiares de la mente humana, *i.e.*, de la vida no puramente física a corpórea de las personas. Es evidente, por lo tanto, que cualquier alteración en nuestra concepción de la persona acarreará consigo cambios en nuestras ideas acerca de lo que son las emociones. Los cambios en cuestión, naturalmente, no pueden ser promovidos de manera caprichosa o abrupta, sino que son sugeridos por las grandes ideologías políticas, por las grandes religiones o por la ciencia de la época. Por ejemplo, durante el siglo de la máquina de vapor, *i.e.*, el siglo XIX, el cuerpo humano era visto como una máquina, lo cual era perfectamente natural. De ahí que igualmente comprensible deba resultarnos que en la época de la cuarta revolución industrial, esto es, a partir de la segunda mitad del siglo XX, la imagen preferida sea precisamente la de una computadora. No puede haber en contra de esto ninguna objeción, siempre y cuando no se nos olvide que lo que está en juego es una mera **metáfora**, una parangón útil hasta cierto punto y para ciertos efectos. No es ésta al parecer la posición de los adeptos de la escuela cognitivista. En lo que sigue haré una presentación sucinta de la posición compartida en general por toda clase de cognitivistas, sin entrar mayormente en detalles. Mi justificación es simplemente que lo que me interesa detectar y denunciar son errores básicos, incomprensiones globales de la escuela en general. No forma parte de mis objetivos en este trabajo discutir en detalle teorías específicas de las emociones o de emociones concretas.

En realidad, filosóficamente el paso fatal de los cognitivistas está dado desde el inicio, puesto que lo que pretenden es inducirnos a ver al ser humano como compuesto, al igual que las computadoras, de un *hard-ware* y de un *soft-ware*. Aunque mucha más sofisticada que otras concepciones, ésta en el fondo no es otra cosa que una versión debidamente actualizada pero totalmente acritica del dualismo cartesiano. La metáfora es en verdad muy sugerente, pero debería ser evidente que la mera actualización del vocabulario, la renovación de la terminología, no puede constituirse en una respuesta para la multitud de enredos conceptuales generados por la posición filosófica en cuestión. Puede, pues, afirmarse que lo que realmente sucede es que los cognitivistas simplemente ignoran todos los problemas engendrados por el dualismo cartesiano o que se derivan de él. No debería entonces sorprendernos que la elaborada concepción de la mente y, por consiguiente de las emociones, desarrollada por los cognitivistas desemboque en un océano de incomprensiones profundas y de enredos inextricables, elaborada eso sí por medio de un impresionante aparato conceptual y teórico.

Aunque de manera cruda, por no decir, burda, tal vez podamos sintetizar y presentar el cuadro general de la mente y de las emociones propuesto por los cognitivistas como sigue: en tanto que *soft-ware*, la mente está "cargada" con toda una variedad de sistemas operativos y de programas pero, sin duda alguna, de todos los imaginables o descubribles el "sistema operativo" supremo no puede ser sino la conciencia. La conciencia maneja tanto datos como pensamientos. Ahora bien, para que la conciencia reciba y envíe mensajes (*i.e.*, pensamientos) tiene que operar algún simbolismo, algún lenguaje. En la conciencia se procesan todos los pensamientos procedentes de los diversos "módulos", los cuales correspondería a lo que en otros tiempos solía llamarse "facultades". Así, por ejemplo, el lenguaje, la memoria, la percepción visual, la percepción auditiva, etc., son módulos. Hasta aquí, no hay lugar para las emociones. ¿Cómo entonces las explican los cognitivistas? Aquí el cuadro se complica al grado de volverse fantástico y, por qué no decirlo, ininteligible: lo que ahora se nos dice es que los mensajes que llegan a la conciencia pueden ser de dos clases: pueden deberse a mecanismos puramente físicos, como por ejemplo cuando una imagen se forma en una retina y los impulsos son enviados a través del nervio óptico hasta el cerebro en donde es procesada, o pueden deberse a "auto-representaciones mentales". Así, lo que se tenía que explicar, *viz.*, la representación intelectual de la realidad, es abrupta y cómodamente introducida como algo que sirve para explicar otras cosas y fenómenos. Las emociones, se nos dice, brotan de auto-representaciones mentales elaboradas con base en los datos y los pensamientos que se tengan. Una diferencia fundamental entre emociones y, *e.g.*, percepciones, es que las emociones tienen una estructura esencialmente simbólica. Aparentemente, esto nos compromete con ciertas tesis empíricas realmente increíbles. Por ejemplo, Philip N. Johnson-Laird llega al grado de decir que muy probablemente las emociones tienen sus

propios neurotransmisores. Esto, naturalmente, orienta la investigación empírica por la senda del desastre, puesto que incita a los científicos a buscar algo que sabemos *a priori* que no existe. Obviamente, desde esta perspectiva la conciencia “sabe” en forma innata “interpretar” debidamente los mensajes, es decir, distingue entre ellos y se pronuncia la respecto. “El sistema operativo [*i.e.*, la conciencia. ATB] está equipado con un conocimiento construido en su interior [*built-in*] de la significación [*significance*] de cada señal” (Jonson-Laird 1988, p. 374). La idea es entonces que las emociones son “creadas” por “evaluaciones cognitivas”. Se supone que tenemos “sentimientos emocionales”, los cuales mandan señales a la conciencia. La importancia de las emociones, se nos explica, radica sobre todo en que, por estar conectada con los sentimientos y las sensaciones, influyen en la conducta del sujeto. Difícilmente, hay que señalarlo, podría elaborarse una tesis más vaga y vacua que esta. Por otra parte, si bien las emociones actúan causalmente sobre el individuo, puesto que no son pensamientos, es decir, no tienen un carácter cognitivo, de todos modos están vinculadas a procesos cognitivos. Así, el principal reto para toda teoría cognitiva de las emociones consistiría en mostrar “cómo las señales internas de necesidades y emociones están encarnadas dentro de un organismo que tiene auto-conciencia —que tiene un sistema operativo auto-reflexivo. La integración debe evitar conflictos irreconciliables y otras patologías y debe mostrar cómo los factores culturales entran en la vida emocional” (Jonson-Laird 1988, p. 378). La circularidad del razonamiento es, sienta, patente.

La concepción cognitivista de las emociones, y en verdad de la mente, puede expandirse, ramificarse y alcanzar grados fabulosos de sofisticación. No hay un punto final para ninguna colección de absurdos. Empero, como advertí al principio del trabajo, no es una exposición detallada de hasta dónde puede llevarse el paralelismo entre la mente la computadora lo que aquí nos interesa. Lo que nos incumbe es revelar incomprendiones internas a los programas filosóficos, confusiones explícitas o implícitas en multitud de aventuras científicas. Eso es lo que, para terminar, muy rápidamente pasaré ahora a hacer.

Incomprendiones cognitivistas

Lo primero que es importante dejar en claro es que, tal como se les presenta, las posiciones wittgensteiniana y cognitivista no son complementarias sino rivales, esto es, perfectamente incompatibles, mutuamente excluyentes. O sea, si una es verdadera la otra tiene que ser falsa, y a la inversa. Como vimos, brota de las aclaraciones de Wittgenstein la idea de que una de las funciones primordiales del concepto de emoción es la de permitir caracterizar conductas y reacciones, volverlas significativas, en tanto que para los cognitivistas los conceptos de emoción sirven ante todo para referir a

estados internos especiales. Al centrarse en estos supuestos estados internos, físicos y semi-cognitivos que supuestamente son las emociones, los cognitivistas automáticamente cortan sus vínculos con sus expresiones o manifestaciones naturales externas. Pero si efectivamente así fuera ¿cómo se les podría reconocer e identificar? ¿Cómo podríamos saber que lo que una persona llama 'alegría' corresponde a lo que otra denomina 'alegría'? Se requieren multitud de supuestos dudosos y cuestionables para poder asegurar dicha coincidencia. Por otra parte, es perfectamente imaginable una situación como la siguiente: alguien se conduce de tal manera que de manera inequívoca nos inclinamos a decir que está, digamos, alegre. No obstante, después de minuciosos análisis, se descubre que la persona en cuestión cuando estaba alegre no estaba en ningún estado especial, sino en el que se encuentra la mayor parte del tiempo. ¿Diríamos entonces que a final de cuentas esa persona no estaba alegre o diríamos más bien que aunque estaba alegre no sentía alegría como todos los hablantes normales? ¿O quizá que no sabía que en el fondo no estaba alegre? En el mundo real situaciones así no se gestan, pero se vuelven teóricamente posibles en el marco de las especulaciones filosóficas como las de los cognitivistas.

Una preocupación constante en filosofía es la de determinar si como cuestión de hecho hay una correspondencia entre lo que se siente y lo que se expresa puesto que, se argumenta, podría no haberla. Dejemos de lado por el momento a los actores, el fingimiento y la argumentación escéptica global. Después de todo, parecería que efectivamente podría producirse el fenómeno que el mismo Wittgenstein llamó 'ceguera de significado'. El fenómeno consiste en lo siguiente: normalmente nuestros conceptos, que son empleados de manera sistemática y colectiva, quedan asociados con sentimientos, sensaciones, etc., particulares. De hecho es así como los o las reconocemos. Lo normal para quienes comparten un determinado sistema de comunicación es que se muestre alegría cuando de hecho se esté alegre y que cuando se esté alegre se exprese dicha alegría. O sea, normalmente ni fingimos ni nos reprimimos. No obstante, inclusive en un marco como ese podría darse en el caso de algún hablante extraño que los acompañantes internos normales de las emociones no estuvieran presentes cuando él dijera o se dijera de él que tiene tal o cual emoción. Ahora bien ¿qué pasaría en un caso así y, sobre todo, cómo detectarlo, puesto que si pasa en un caso ciertamente podría pasar en muchos otros o en verdad en todos? Este es, obviamente, un pseudo-problema. En lo que tenemos que fijarnos es en el hecho de que la presencia o la ausencia de los acompañantes internos no son determinantes en o para la aplicación de los conceptos o, por lo menos, no en todos los casos. Es simplemente falso que partamos de una identificación privada de algo interno para después darle una expresión o formulación comprensible para otros. Es más bien al revés: sobre la base de la aplicación colectiva de conceptos pasamos a adscribirle a la gente sensaciones, sentimientos, etc., y emociones, inclusive concediendo que podría no haber nada, sólo que no es con este supuesto como

opera el lenguaje (cfr. Ludwig Wittgenstein 1974, sec. 293). No es empíricamente imposible que alguien estuviera alegre o triste o feliz aunque la persona en cuestión no sintiera lo que suponemos que normalmente sentimos cuando estamos alegres, tristes y demás, pero es claro que nosotros rápidamente lo detectaríamos. Alguien que padeciera de ceguera de significado no podría tomar parte en todos los juegos de lenguaje de emociones en los que toman parte los usuarios normales del lenguaje. Habría, por lo tanto, muchas cosas que no entendería y que no podría hacer. Estaría excluida de múltiples formas de vida. Por lo tanto, el temor enunciado más arriba es infundado.

Desde mi punto de vista, los cognitivistas tienen aspiraciones tanto teóricas como prácticas, es decir, ellos aspiran tanto a pulir nuestra comprensión y manejo de la vida mental del hombre como a manejarla con mayor efectividad. Sin embargo, su programa es un esfuerzo fallido tanto teórica como prácticamente. En primer lugar, podemos descartar por razones enteramente *a priori* que un nuevo constructo pueda reemplazar un concepto ya constituido y operando. Por lo tanto, en el mejor de los casos lo más que los cognitivistas podrían estar haciendo sería expandir el concepto normal de emoción, desarrollarlo en una dirección determinada. Esto a menudo se hace en ciencia (“fuerza”, “memoria”, “número”, etc.). Sin embargo, en este caso lo que tenemos es un mero espejismo de desarrollo conceptual. Esto es algo que, pienso, puede sostenerse con un alto grado de plausibilidad. En efecto, a primera vista los cognitivistas aceptan mantener la conexión entre el concepto de emoción y las reacciones naturales propias de las emociones. Empero, pretenden también desprenderse por completo de algo que, si nuestro análisis es acertado, es crucial, a saber, el entorno, el contexto en el que se genera la emoción en cuestión. El intento cognitivista, por consiguiente, consiste en dotar a la emoción de un nuevo contexto, constituido básicamente por el sistema nervioso central y concebido como un conjunto de sistemas operativos. Como los programas están incorporados en la masa encefálica es algo que nunca se nos ha explicado debidamente. Pero, más claramente aún, para que realmente pudiéramos aceptar el nuevo concepto de emoción como un concepto genuino tendría éste que permitirnos establecer también alguna clase de conexión sistemática o legaliforme entre los estados del sistema nervioso y el entorno, el contexto en el que está ubicada la persona. De lo contrario las emociones se vuelven totalmente inexplicables, misteriosas, arbitrarias. Pero ¿es siquiera pensable una conexión sistemática entre la vida cerebral y las circunstancias en las que se mueve la persona? La sugerencia de que podría hallarse dicha conexión, es decir, que podríamos establecer de manera sistemática vínculos entre estados cerebrales y situaciones del mundo, entre el cerebro y la geografía, me parece sencillamente descabellada. Pero lo que significa el que esta condición no se cumpla es simplemente que no hay tal cosa como un concepto cognitivista de emoción, que lo que los cognitivistas construyen es un típico pseudo-concepto, algo que tiene las apariencias de un genuino instrumental

lingüístico pero que no lo es. No habría que olvidar, por otra parte, que el objetivo último de los cognitivistas es centrarse exclusivamente en el cerebro y sus funciones y estados, es decir, desentenderse por completo de todo lo que son las manifestaciones de las emociones. Debería ser obvio que un intento en este sentido está *ab initio* destinado al fracaso. Si ellos tuvieran razón, se abrirían entonces las puertas para situaciones tan incomprensibles como las siguientes: un neurofisiólogo podría informarle a un sujeto en que emoción está; podría inclusive corregirlo. Por ejemplo, podría decir algo como 'No, tú no estás alegre. Sólo parece estar alegre, porque tu estado nervioso es *X* y ese estado es del terror'. Cabría preguntar: ¿qué conceptos de alegría y de terror maneja el neurofisiólogo: los normales o los que él inventó y nadie comprende? A absurdos de esta clase es a lo que da lugar un supuesto concepto neurofisiológico-computacional de las emociones. Por último, no estará de más señalar el fracaso factual total de quienes quisieran identificar a las emociones con estados internos. Nadie hasta ahora ha podido darnos tal cosa. La razón, empero, no es de tiempo o capacidades, sino de impedimentos internos. Esto es algo de lo que he tratado de hacer ver en este ensayo.

Son varias las lecciones que podemos extraer de nuestra discusión. En primer lugar, tenemos que insistir en que no es posible construir un concepto de emoción en el que se ignoren las expresiones faciales, los gestos, los tonos de voz de las personas. Pretender hablar así de las emociones es o hablar de otra cosa o no hablar de nada, pero en todo caso equivale a introducir la confusión en el juego de lenguaje. Tenemos, en segundo lugar, que aprender a distinguir entre el útil fenómeno de expansión conceptual y el dañino fenómeno de construcción de pseudo-conceptos. Para no confundirnos, debemos empezar siempre por realizar nuestra investigación en el nivel de los fundamentos de la ciencia o disciplina que nos ocupe. Para ello, la investigación gramatical wittgensteiniana resulta indispensable. Confío en haber dejado esto en claro.

REFERENCIAS

- Wittgenstein, L. (1967). *Zettel*. Oxford: Basil Blackwell.
Wittgenstein, L. (1974). *Philosophical Investigations*. Oxford: Basil Blackwell.
Wittgenstein, L. (1980). *Remarks on the Foundations of Psychology, Vol II (sec. 152)*. Oxford: Basil Blackwell.
Johnson-Laird, P. N. (1988). *The Computer and the Mind. An Introduction to Cognitive Science*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

RESUMEN

Mi objetivo es hacer una presentación sucinta y contrastar dos concepciones de las emociones, viz., la que se deriva de una teoría computacional y modular de la mente y la que se puede extraer de los

escritos de Wittgenstein. Me propongo mostrar que la primera se funda en incomprensiones radicales y que carece en el fondo de poder explicativo. Intentaré exhibir diversas falacias presentes en los escritos de diversos defensores del cognitivismo, como por ejemplo peticiones de principio, circularidad, regresos de tipo vicioso, etc. Deseo, asimismo, dejar en claro que las nociones que se usan en “psicología cognoscitiva” o bien son inevitablemente de carácter conductista o bien carecen por completo de sentido.

Palabras clave: emociones, teoría computacional, Wittgenstein, falacias, cognitivismo, conductismo.

ABSTRACT

My aim is to make a succinct presentation and to contrast to conceptions of emotions, viz., the one that derives from a computational and modular theory of the mind and the one that can be extracted from the Wittgenstein's writings. I attempt to demonstrate that the former is founded on radical misinterpretations and that, in the end, it lacks explanatory power. I will try to exhibit several fallacies that are present in the writings of the various advocates of cognitivism, such as begging the question, circularity, vicious regressions, etc. I also want to clarify that the notions that are used in «cognitive psychology» either inevitably have a behaviorist character or are completely meaningless.

Keywords: emotions, computational/modular theory, Wittgenstein, fallacies, cognitivism, behaviorism.